

EL ROBESPIERRE ESPAÑOL

Amigo de las leyes.

ADVERTENCIA.

Ya se han cumplido mis deseos. El enfermo da muchas señales de vida. Los cáusticos han levantado vexigas. ¡Qué prueba tan excelente para el pronóstico! Desde luego afirmo que sanará.

El primer número de mi *Robespierre* ha agradado á los buenos mas de lo que pensé. Pero se han alarmado cruelmente contra él los que no tienen la conciencia sana. Han amenazado perder al pobre autor. Hierros, venenos, persecuciones sin fin... hé aquí los medios con que tratan de arredrarle de su entusiasmo patriótico. Voi á trazar su retrato físico y moral, para que le conozcan mejor.

Es de mediana estatura: ni magro ni obeso; y se halla en la edad viril. Nada tiene de feroz ni de sanguinario en su semblante, mas su corazon (fi-

lantrópico en extremo) es de tigre para los perversos. Su nacimiento ha sido en Castilla: su religion la cristiana, apostólica, romana, y la ha aprendido por principios. A nadie cede en amor á la libertad, y en exêcracion eterna á los tiranos. Desprecia altamente las hablillas de los malévolos; mas en cambio respeta humildemente la opinion pública. En quanto á su empleo, obtiene uno, de que ni el Rey mismo le pudiera privar. Su pasion al saber es sin límites; pero sus medianos talentos son causa de que en las ciencias y artes, á que se ha dedicado, solo haya hecho los cortos progresos que el público conocerá por sus escritos. Se precia de hombre de bien y de verdadero español. Sufre los tormentos mas atroces al ver la decadencia de su patria adorada. Tiene una propension irresistible á decir la verdad, por dura que sea. Sola la ley es su norma. En fin, escudado poderosamente con el incontrastable egide de la suprema junta de censura, y de los representantes del pueblo, mira con ojos de compasion á los miserables, que se han conjurado para derrocarlo y confundirle.

QUESTIÓN SEGUNDA.

¿SEREMOS AL FIN FRANCESES?

Moriendum potiùs, quàm tyranni vul-
tus adspiciendus. (Cicer.)

*Arrostremos impávidos la muerte
Primero que sufrir tan gran tirano.*

La presente cuestión es sin duda la mas interesante que puede ofrecerse á la consideracion de todo español. De ella depende su libertad, su independencia, su Religión, su propiedad, y aun su existencia física y política. Segun la opinion que se tiene sobre este objeto, hay mas ó menos patriotismo, y se hacen mayores ó menores esfuerzos por sacudir el yugo del sangriento y pérfido opresor.

Si solo los viles españoles degenerados fueran del dictamen de que al cabo llegaremos á sucumbir, no me detendría en refutar la opinion de estos abominables monstruos, que arrastrados del

libertinage, desean, aunque quizá en su interior no creen la ruina de sus conciudadanos. Mas, por nuestra desventura, tan pestífera opinion ha cundido hasta algunos buenos españoles de clases elevadas. A estos, y á otros semejantes se dirige la resolucion de este problema político, que es sobremanera trascendental aun á todas las potencias de Europa.

Si consigo arraigar en mis compatriotas la firme persuasion de que nunca jamas seremos esclavos, habré logrado una brillante victoria, que influirá poderosamente en el exterminio del enemigo comun; y mi escrito valdrá mas que cien proclamas, que arrebatando al corazon con el torrente de la elocuencia levantarian por el pronto el patriotismo, mas su impresion seria deleznable, y de una duracion efímera.

Yo mas que mover al corazon, me propongo convencer al entendimiento: y dar, si es posible, una demostracion matemática de mi aserto.

Las pruebas que alegan algunos españoles, para afirmar que al cabo seremos franceses, se reducen: 1.^a á ponderar las huestes numerosas del tirano,

su poder colosal, su fuerza irresistible, sus inagotables recursos, y acaso, acaso su omnipotencia. 2.^a Nuestras grandes pérdidas, y las derrotas reiteradas de tanto y tanto ejército numeroso como hemos presentado en la segunda y tercera campaña. 3.^a La falta que tenemos de sabios generales. 4.^a La revolucion de las Américas, que dicen será motivo de que las perdamos para siempre, y no nos suministren dinero para sostener la guerra. 5.^a La ereccion de tropas españolas al servicio de los franceses. 6.^a Nuestra falta de gobierno.

Voi á rebatirlas una por una, fundándome mas que en mi patriotismo arrebatado, en la sencilla observacion de los hechos, que es la prueba mas convincente.

1.^o ¿Donde están esas huestes numerosas del pseudo-omnipotente? ¿Porqué no las ha enviado ahora á Portugal para contrarrestar el verdadero poder colosal de la Gran Bretaña? ¿Porqué no ha atacado la Isla de Leon con un ejército de 100.000 hombres? ¿Qué se ha hecho cerca de medio millon de *inven- cibles*, que han hollado el hermoso suc-

lo español? Preguntadlo al verdoso Tura, al apacible Manzanares, al fecundo Guadiana, al dorado Tajo, al risueño Betis, y al Ebro bramador. Preguntadlo á la ciudad, terror del imperio frances, y ella os lo dirá.

Mas supongamos que el gran protervo tubiera á su disposicion un millon entero de esclavos atolondrados, para introducirlos en España. ¿Conseguiríamos con esto? Si se verificaba de un golpe la irrupcion de todos estos vandidos, no podían sostenerse de modo alguno; pues bien sabido es con quanto trabajo se sostiene la octava ó séptima parte que alimenta la España. Pelearíamos entónces solo por la comida; y un almacen de víveres sería el objeto de una sangrientísima batalla. La victoria no estaría mucho tiempo indecisa: pronto volaría á coronar nuestras sienes con el arbol del triunfo.

Si entraban poco á poco, por via de refuerzos, como hasta aquí, no conseguirían, como con efecto no han logrado, dominar nuestro suelo, sino en aquellos circumscriptos espacios que meramente pisan. Las partidas de patrio-

tas (que por fortunã crecen en razon inversa de nuestros exércitos) los irían exterminando poco á poco, auxiliadas con el furor de los pueblos, y con las numerosas enfermedades, que el Cielo les fulmina.

Luego por qualquiera parte del dilema es imposible que nos subyuguen. La guerra sería larga, sangrienta, devastadora; pero nuestro justo rencor y nuestra constancia incontrastable sostendrían nuestra libertad hasta la muerte del tirano, que es á lo sumo donde podía llegar.

2.º Es preciso confesar nuestras grandes pérdidas, y las vergonzosas derrotas de nuestros exércitos. Es verdad que estamos confinados por el mediodia á los paises, donde se levantan las columnas de Hércules. No hay duda en que quando llegó Alburquerque á este punto se habian deshecho varios exércitos numerosos: y que habiendo recibido en Ocaña un golpe mortal el del centro, acabó de exálar el último suspiro en Despeña-perros. Tambien es cierto que la aligera Fama (*no la Gaceta*) nos ha contado la victoria que Sebastiani alcanzó en Baza del exército que tomó en Murcia carnes, con que revistió los tristes huesos ya sepul-

tados en Sierra Morena. No ménos aflige nuestro espíritu la fresca memoria del 19 de febrero en Caya, la bárbara toma de Olivencia, y la dolosa entrega de Badajoz. En fin, ha apurado ya nuestra paciencia el poco fruto de nuestros expedicionarios. Todo por nuestra desgracia es tan cierto, y tan demostrable como qualquiera proposicion de la Geometria elemental.

Pero ¿acaso tan grandes desaciertos, tan precipitosas y reiteradas caidas han marcado en España con letras de sangre el terrible *ya fué*? ¡Perezca el inhumano que crea que tan poderosa potencia ha desaparecido de la faz de Europa! Aun vive, y vivirá. Que á no ser así el Robespierre Español ya habitaría el imperio de las sombras, desgarrando frenético doquier los sangrientos manes de los parricidas de la patria.

Aun vive y vivirá. Porque todavía respiran terríficos patriotas, que con su valor y talentos la salvarán. Aun veo generales en algunos genios guerrreadores, que yacen en la tumba del olvido y de la mendicidad. Ahora mas que nunca arde la llama del patriotismo, y

devora los corazones de los formidables españoles, que en la escuela de la calamidad han aprendido la ciencia de hacerse inmortales sacrificando heroicamente sus vidas y sus riquezas en las aras de la libertad. Aun hay Provincias enteras sin huestes inmundas. Aun hay Empeciñados, y Sanchez y Tapias. Aun hay ejércitos españoles en diversos puntos. Ya Masena está escarmentado por Wellington, y Soult por Beresford. Y sobretudo, hay soberanía nacional, que por fin reúne los votos de todos los ciudadanos de España y América.

3.º ; Vergüenza da, que en mas de tres años de revolucion no tengamos siquiera seis generales en xefe, capaces de desempeñar su cargo dignamente! Pero atendiendo al rumbo que siguió la Junta Central, y al de su hija la Regencia antigua, y de su nieta la actual, era y es forzoso que suceda así. Es menester no haber leído los anales de las revoluciones de los imperios, para ignorar el modo de formar generales. Nuestro gobierno no ha sabido premiar, ni castigar. No ha buscado el mérito. En los ascensos se ha dexado arrastrar de la an-

tiguedad y de la rutina. Como si Alejandro Magno no hubiera dominado el mundo desde los 20 hasta los 30 años de su edad. Julio Cesar á los 17 ya era general de los exércitos romanos. El terrible Annibal á los 24 hizo estragos en nuestra España. Don Juan de Austria á los 18 se ciñó el laurel en la batalla de Lepanto. A los 21 el célebre Condé (general frances) derrotó delante del Rodoy á nuestro anciano y experimentado Conde de Cifuentes. En edad mas juvenil aun, el Príncipe Eugenio mandó en xefe un exército, y aterró á los Turcos. ¿Qué mas? En nuestros mismos dias ¿no hemos visto que el exécrable Bonaparte en su juventud fué electo general en xefe del exército de Italia? ¡Quanto me pudiera extender en este punto, sino me lo impidieran los estrechos limites que me he propuesto! Pero, á bien que tenemos tela cortada, y en otros Números me ampliaré.

De poco sirve el decreto de las Cortes, para que la Regencia encargue el mando de los exércitos, divisiones y regimientos á qualquier militar, con tal que tenga los talentos para ello. Desde

la fecha de este decreto ¿se han visto mandar los ejércitos y las expediciones otros generales que los antiguos? ¡ Cuantos coroneles hay , quantos capitanes, quantos paisanos tambien de talento, que pueden envolver en conocimientos militares y políticos á los generales que hacen ahora papel! Paisanos, sí, paisanos.... No es un aserto extravagante. En la revolucion francesa muchos grandes generales eran antes paisanos. Moreau, el grande Moreau era un simple abogado. Guillemardet (embajador en España) era un Médico. No nos cansemos: en premiando con discernimiento (no como hasta aquí con grados, escudos y medallas sin tino); en castigando igualmente al soldado que al general, que no cumplan con sus deberes; en buscando el mérito indistintamente dó quiera que se halle; ni habrá falta de sabios generales, ni necesitaremos la direccion de generales extranjeros, que entretanto se hace indispensable.

4.º A pesar de los rebeldes americanos, y de los españoles que han dado margen á la falta de subordinacion en esas poblaciones de ultramar, Amé-

rica y España serán dos hermanas inseparables. Quisiera yo que hubiera mas rigor y talento de parte de los xefes que persiguen á aquellos insurgentes, y ya debieran haber sido ahorcados los hijos de España que han contribuido á esta insurreccion.

--¿Porqué no se envían á América siquiera catorce mil hombres armados, para extinguir inmediatamente la rebelion? --“Hacen falta aquí: porque hay escasez de soldados.” --¿Pues, hay mas que sacarlos de los paises libres, y tambien de los ocupados por el enemigo (que en habiendo maña, todo se consigue)? Navios de transporte nos los suministrarán con gusto los Ingleses, á quienes tanto interesa que la España conserve las Américas. Me parece que con este solo medio tan fácil de executar se afianza positivamente la pacífica posesion de las poblaciones rebeladas.

--Si se hubieran levantado en tiempo del salaz favorito, no lo extrañara yo. Si lo hubiesen hecho al principio de nuestra revolucion, tampoco me hubiera asombrado. Pero hacerlo precisamente quando la España se hallaba mas aflixida, el in-

tentarlo solo, quando los hijos de extrema-
madura, los descendientes del portentoso
Hernan - Cortés, del terrible Pizarro, se
hallaban amenazados de cerca por las
huestes enemigas, lejos de ser una gran-
deza de ánimo, (como algunos criollos
aseguran), es un crimen rastrero y sór-
dido. ¿Qué culpa tiene el pueblo espa-
ñol de los ultrages que han sufrido de
los reyes y ministros, que al mismo tiem-
po que á ellos nos estaban desollando á
nosotros? Nuestras comunes desgracias de-
bieran haberlos hermanado mas. Tengo
mucho que decir en este punto, y sien-
to no poder extenderme ahora; pero lo
haré en otra cuestión, que versará solo
acerca de la revolucion americana.

5.º Hay hombres tan bárbaros que
dicen que ya no pelean españoles contra
franceses, sino los españoles unos con
otros. ¡Que! porque se haya creado al
servicio del Rey intruso alguno ú otro
regimiento escaso de juramentados; porque
algunos de estos horribles cuerpos se ha-
yan batido con nosotros; ¿se ha de sa-
car la consecuencia extravagante de que
los españoles estamos en guerra unos con
otros? Yo bien sé quanto nos han per-

judicado los que llaman *renegados*. Pero tambien sé que si al primero de estos que se le hubiera cogido con las armas en la mano, esgrimiéndolas contra un patriota, se le hubiese quemado vivo, dispersando al viento sus cenizas, para que ni vestigio quedara de tal parto de exêcracion; con pocas escenas de estas repetidas no hubieran vuelto mas, no digo yo á pelear, pero ni á presentarse delante de nuestras tropas. Aun es tiempo.

6º. *La falta de gobierno...* Es preciso confesar, que esta prueba es la mas fuerte que alegan los contrarios, y lo que hace desmayar á todos en general. La estrechez de este Número no me permite tratar con la debida extension esta materia, que dará motivo á muchos Números del Robespierre. Pero de paso aseguro, que á pesar de esta falta de gobierno (que no admite réplica) nunca seremos uncidos al carro destructor de Bonaparte. El Español obediente sufrirá hasta que se rompan los diques de su paciencia. Entonces ¡ó gran Dios! ¡qué horrorosa, qué sangrientísima revolucion se ofrece á mi mente angustiada!... Los cabellos se me erizan!... En tan tremen-

do conflicto, á vosotros me vuelvo, ¡ó representantes del heroico pueblo español! A vosotros apelo, arrasadas mis mejillas en amargo llanto. No permitais que por vuestra demasiada suavidad se destruya la soberania nacional, que tanto trabajo nos ha costado poner en pié. Desprendeos por un momento de esa excesiva humanidad que os caracteriza. Deshaced con ánimo impertérito la tormenta que á vosotros os amenaza, acaso mas que á nadie. Para dirigir las riendas del gobierno, con vuestro inmenso poder alzad un Robespierre español, que ilustrado, pero furibundo y sanguinario, haga correr torrentes espumosos de la espuria sangre española. Así lo anhela toda la nacion. Así se labará tanto y tanto crimen, como se halla impune descaradamente. Así serán lanzadas aun mas allá del Pirineo esas huestes sacrílegas. Y así, en fin, en breve tiempo lucirá el apacible dia de la salvacion de la Patria. = Cadiz 3 de Abril de 1811 = Robespierre.

NOTA.

A mis compatriotas encargo que se dignen dirigirme los escritos, enunciados en el Número primero, *francos de porte*, y con sus nombres y apellidos y rúbricas; en la inteligencia de que los expresaré, ó saldrán anónimos si les agrada. Yo solamente salgo responsable de los mios, que para distinguirse siempre llevarán al fin el dictado de *Robespierre*.

SEGUNDA EDICION.

ISLA DE LEON.

EN LA IMPRENTA DE PERIU. Año 1811.